

Meditaciones: viernes después de la Epifanía

Reflexión para meditar el viernes después de la Epifanía. Los temas propuestos son: nuestros deseos de curación personal; Jesús, Médico divino, nos sana; el diálogo con Él transforma nuestra vida.

- Nuestros deseos de curación personal
- Jesús, Médico divino, nos sana
- El diálogo con Él transforma nuestra vida

LA LITURGIA ahora que comienza el año nos ayuda a considerar las principales manifestaciones del Señor. Después de haber meditado sobre los inicios de la vida pública de Jesús en la sinagoga de Nazaret, hoy leemos el relato de un milagro cargado de significación teológica. «Sucedío que, estando él en una de las ciudades, se presentó un hombre lleno de lepra» (Lc 5,12). Padecer esta enfermedad en aquel tiempo era una verdadera calamidad: las personas que la sufrían estaban obligadas a apartarse de la ciudad y a portar campanas que anunciaban su cercanía; de esa manera, los sanos, al oírlas, se podían alejar del peligro de contagio.

Sin embargo, en este caso, un leproso se presenta con audacia ante el Señor y le dirige una petición llena de fe: «Al ver a Jesús, cayendo sobre su

rostro, le suplicó, diciendo: “Señor, si quieres, puedes limpiarme”» (Lc 5,12). Con sus gestos corporales y con la convicción de su ruego confiesa la divinidad y omnipotencia de Jesús. Los Padres de la Iglesia ven la lepra como una representación del pecado y, así, la actitud del leproso se convierte para nosotros en un modelo de actuación. En nuestro examen personal nos damos cuenta de que permanentemente estamos necesitados de la curación del Médico divino. «La súplica del leproso muestra que, cuando nos presentamos ante Jesús, no es necesario hacer largos discursos. Son suficientes pocas palabras, siempre que vayan acompañadas por la plena confianza en su omnipotencia y en su bondad. Confiar en la voluntad de Dios significa, en efecto, situarnos ante su infinita misericordia»^[1].

«Señor, si quieres, puedes limpiarme». Podemos repetir esta

jaculatoria con la fe del leproso, conscientes de que el Señor nos ha redimido y está dispuesto a darnos su fuerza para ayudarnos a ser buenos hijos suyos.

LA LITURGIA de los últimos días de Navidad enlaza los relatos de los primeros días de Jesús con el misterio pascual, que es el desenlace hacia el que se dirige la Encarnación. Por ese motivo, consideramos ahora el poder con el que Jesús curaba las enfermedades, manifestación anticipada de la redención de nuestros pecados. «Y extendiendo la mano, lo tocó diciendo: “Quiero, queda limpio”. Y enseguida la lepra se le quitó» (Lc 5,13). Jesucristo no solo no rehúye el diálogo con el leproso, sino que lo toca. No teme contagiarse, no rechaza el contacto con nuestras miserias. El enfermo

experimenta la misericordia y la eficacia divina del Maestro cuando escucha aquellas palabras que resuenan siempre detrás del sacramento de la Penitencia: «Quiero, queda limpio».

«Es Médico y cura nuestro egoísmo si dejamos que su gracia penetre hasta el fondo del alma. Jesús nos ha advertido que la peor enfermedad es la hipocresía, el orgullo que lleva a disimular los propios pecados. Con el Médico es imprescindible una sinceridad absoluta, explicar enteramente la verdad y decir: Señor, si quieres –y Tú quieres siempre–, puedes curarme. Tú conoces mi flaqueza; siento estos síntomas, padezco estas otras debilidades. Y le mostramos sencillamente las llagas; y el pus, si hay pus. Señor, Tú, que has curado a tantas almas, haz que, al tenerme en mi pecho o al contemplarte en el

Sagrario, te reconozca como Médico divino»^[2].

Continúa el evangelio de san Lucas: «Y él le ordenó no comunicarlo a nadie; y le dijo: “Ve, preséntate al sacerdote y ofrece por tu purificación según mandó Moisés, para que les sirva de testimonio”» (Lc 5,14). A lo largo de los tres años que los discípulos convivieron con Jesús pudieron observar –siguiendo unas palabras de san Josemaría– que «el abismo de malicia, que el pecado lleva consigo, ha sido salvado por una Caridad infinita. Dios no abandona a los hombres (...). Este fuego, este deseo de cumplir el decreto salvador de Dios Padre, llena toda la vida de Cristo, desde su mismo nacimiento en Belén»^[3]. También nosotros podemos ser testimonios de cómo el Señor nos ha curado con su caridad infinita.

DESPUÉS de ese milagro tan palmario, el prestigio de Jesús se difundió por toda la región: «Se hablaba de él cada vez más, y acudía mucha gente a oírlo y a que los curara de sus enfermedades» (Lc 5,15). Sin embargo, Jesús no se entregó a la popularidad ni a dirigir hacia sí mismo el fruto de aquellas acciones milagrosas. «Él, por su parte, solía retirarse a despoblado y se entregaba a la oración» (Lc 5,16). Retirarse y orar. Tras una jornada apostólica, en medio del fragor del cansancio por el trabajo, Jesús nos enseña que la oración es el alma de nuestro obrar. «Hemos de ser almas contemplativas, y para eso no podemos dejar la meditación –decía san Josemaría– (...). Ahora parece que tenemos más obligación de ser verdaderamente almas de oración, ofreciendo al Señor con generosidad todo lo que nos ocupa y no abandonando jamás nuestra conversación con Él, pase lo que

pase. Si os comportáis de esta manera, viviréis pendientes de Dios durante todo el día»^[4].

Consolados por la misericordia con que Jesús cura al leproso, podemos acercarnos a los sacramentos y a nuestros ratos de oración mental con mucha confianza. «Gracias a esos ratos de meditación, a las oraciones vocales, a las jaculatorias, sabremos convertir nuestra jornada, con naturalidad y sin espectáculo, en una alabanza continua a Dios. Nos mantendremos en su presencia, como los enamorados dirigen continuamente su pensamiento a la persona que aman, y todas nuestras acciones –aun las más pequeñas– se llenarán de eficacia espiritual»^[5].

Podemos aprovechar este rato de diálogo con el Señor para pedirle que nos dé una oración que transforme nuestra vida, de la misma manera en que Jesús transformó la del leproso

del relato evangélico. La santísima Virgen nos abrirá la puerta del diálogo contemplativo con la Trinidad mientras pedimos: «Señor, si quieres, puedes limpiarme».

^[1] Francisco, Audiencia, 22-VI-2016.

^[2] San Josemaría, *Es Cristo que pasa*, n. 93.

^[3] Ibíd., n. 95.

^[4] San Josemaría, Notas de una reunión familiar, IX-1973.

^[5] San Josemaría, *Es Cristo que pasa*, n. 119.

meditaciones-viernes-despues-epifania/
(18/02/2026)